

## Max Weber en la evolución del liberalismo alemán

*Joaquín Abellán*

---

*En el artículo se analizan algunos de los elementos más significativos en el desarrollo del pensamiento liberal alemán desde el Vormärz hasta la Alemania guillermiana, con el objetivo de comprobar qué relación guarda el pensamiento de Weber con esta herencia liberal tradicional. A la vista del pensamiento de Weber sobre la nación, la democracia parlamentaria y el capitalismo se concluye que la solución de Weber se presentaba como la única posible para salvar algunos contenidos liberales en una época de capitalismo avanzado.*

---

Weber es un liberal en una situación límite. Weber no pertenece a la tradición liberal y, a lo sumo, puede ser calificado como un liberal voluntarista. Espoleado por estas dos tesis, de Mommsen y Hennis, respectivamente <sup>1</sup>, me ha parecido oportuno acercarme a la cuestión del liberalismo de Weber desde la historia del liberalismo alemán del siglo XIX. Desde esta perspectiva histórica podremos ver las conexiones, si las hay, entre los planteamientos de Weber y los del liberalismo tradicional alemán. Por este motivo, en una primera parte, les resumiré algunos de los componentes del liberalismo alemán en el siglo XIX. Luego les presentaré el pensamiento de Weber sobre tres ideas claves —nación, democracia, capitalismo—, para poder acercarnos desde ahí a la pregunta de si Weber es liberal y en qué sentido puede considerárselo.

I

Empiezo la ojeada histórica de liberalismo alemán por la etapa previa a la revolución de 1848, el *Vormärz*, porque algunos de los caracteres originarios del liberalismo, acuñados precisamente en esos años prerrevolucionarios, se iban a mantener durante mucho tiempo, a pesar de los cambios efectuados en la sociedad y en el sistema económico, radicando en esa persistencia y consiguiente inadecuación a los cambios de la realidad uno de los motivos del fracaso y tragedia del liberalismo alemán.

1) Los objetivos a los que aspiraban los liberales en los años anteriores a la revolución de 1848, principalmente los del Suroeste de Alemania, se resumían en el establecimiento de una *bürgerliche Gesellschaft*, compuesta de ciudadanos independientes, abierta a todos, sin estar limitada en principio a una clase social. El ideal liberal giraba en torno a esta concepción del hombre como ciudadano independiente, responsable y capaz, por consiguiente, de asumir responsabilidades respecto a los otros. Ser ciudadanos, convertirse en ciudadanos, era un ideal dotado de una gran fuerza de integración y que apuntaba hacia el futuro. Constituía realmente una promesa y una misión para todos los hombres: a todos les debería ser posible el llegar a obtener la condición de ciudadano, de hombre capaz de decidir por sí mismo política, económicamente y culturalmente. Una sociedad de ciudadanos, una *bürgerliche Gesellschaft*, por encima de las diferencias de situación económica, era la meta final de las aspiraciones liberales <sup>2</sup>.

Los liberales del *Vormärz* aspiraban, además, a la unidad política de la nación alemana. Frente a otras concepciones de la nación existentes en la época —como la del romanticismo—, los liberales como el profesor de Freiburg Karl von Rotteck entendían la nación como una comunidad política, en el sentido europeo occidental. Nación y constitución política guardaban entre si una mutua y recíproca referencia. De aquí que en el liberalismo alemán anterior a la revolución de 1848 fueran estrechamente unidas la reivindicación de la unidad política de los alemanes y la reivindicación de un

Estado constitucional. Ambos elementos —el nacional y el constitucional— estaban en una relación de dependencia mutua. La creación de un Estado constitucional, dotado de una constitución, se les presentaba como la única alternativa a la situación político-constitucional existente en la Confederación Germánica, compuesta de muchos Estados y sin constitución la mayor parte de ellos —o en los más importantes—. Sólo en un Estado constitucional podría realizarse la libertad, un Estado constitucional en el que la nación alemana fuera el pueblo de ese nuevo Estado. Habida cuenta de la situación de la Confederación Germánica, la libertad política de los ciudadanos sólo podría conquistarse desde la unidad política de la nación y la unidad política de la nación sólo podría lograrse contando con ciudadanos libres. El difícil equilibrio entre ambas partes del binomio unidad-libertad no siempre se mantuvo; y hubo quienes preferían la libertad en los Estados particulares antes que la unidad de toda la nación y también quienes estaban a favor de la unidad de la nación antes que de la libertad. La discusión en torno a ambas reivindicaciones y a sus posibilidades concretas de realización fue muy intensa durante los años treinta y cuarenta del siglo XIX y sería asimismo decisiva durante las revoluciones de 1848 y 1849.

En este primer liberalismo alemán no se recogía, sin embargo, el principio del *laissez-faire* como organizador de las relaciones económicas. El liberalismo económico lograría una aceptación más generalizada entre los liberales alemanes en las décadas de 1860 y 1870. En esa época el liberalismo político iría acompañado de liberalismo económico, pues la lucha por formar un espacio económico nacional se convertiría en uno de los objetivos básicos de la política liberal <sup>3</sup>.

2) Fracasada la revolución que comenzó en marzo de 1848 y no habiéndose conseguido la unidad política bajo un Estado constitucional, los liberales, en la época de represión política que siguió a 1849 y de cambio rápido en la industrialización, tuvieron que repensar sus ideas directrices y adaptarlas a la nueva situación y a las nuevas posibilidades que las circunstancias ofrecían, que eran más bien escasas. No resultaba fácil hacer política y defender los principios políticos liberales. No existía un foro común para toda la

nación donde poder discutir. Las circunstancias bajo las que podían hacer política eran muy distintas de un Estado a otro dentro de la Confederación Germánica. En este contexto las reacciones de los liberales fueron muy diferentes: unos optaron por defender todo lo que pudiera ser defendido de sus principios (en los parlamentos de los Estados particulares, en la prensa, en los municipios o en la burocracia estatal). Otros regresaron a sus profesiones, a la actividad económica principalmente. Esta actitud no significó en principio una despolitización de los liberales, pues los que se dedicaron a la vida económica lo hicieron con la convicción de estar construyendo los fundamentos económicos para la ansiada unidad nacional. En algunas regiones, la burguesía económica dispuso de ciertos medios para expresar sus reivindicaciones políticas, como fue el caso de la Cámara de Comercio de Colonia, un bastión liberal, donde destacaron Mevissen o Hansemann. Estos liberales exigían, por ejemplo, que la propia constitución prusiana de 1850 no fuera papel mojado; pedían una reforma del ejército para reducir el gasto público y reclamaban asimismo que se concediera a la industria el valor político que le correspondía por su fuerza económica. La burguesía cultural, que no disponía de estos medios, intentó hacer política por otro camino, escribiendo historia: la historia se convirtió así en un arma política. La historia tenía que ofrecer a los jóvenes un idealismo realista que, frente al materialismo de las ciencias naturales y al idealismo fantástico de la filosofía —que había llenado las cabezas de los jóvenes antes de la revolución de 1848— les transmitiera las semillas de lo bueno <sup>4</sup>.

3) Con la llamada «nueva era», a partir de 1859, comenzó a reorganizarse la burguesía (en los años sesenta lo haría también la clase obrera con la fundación por Lassalle del primer partido socialista ADAV). Una de las grandes organizaciones que dieron expresión a la burguesía (en sentido amplio) fue el partido progresista prusiano, DFP <sup>5</sup>. De las reivindicaciones programáticas de este partido hay que destacar un elemento que pasaría a formar parte del liberalismo posterior: la negativa a contar con la ayuda del Estado para la mejora de la clase obrera. Esta idea, que se recoge en el

concepto de *Selbshilfe*, se convirtió en un principio esencial del liberalismo y sobre la base de este principio se defendía la creación de cooperativas como el correctivo fundamental del sistema económico capitalista. Tras estos principios seguía viva la antigua concepción del *Mittelstand*, abierto a todos, también ahora a los obreros asalariados. Los obreros asalariados podrían y deberían integrarse en el *Mittelstand* («clase media») mediante la formación de cooperativas de producción. El antiguo ideal armónico de los años del pre-marzo no había experimentado ninguna transformación. Schulze-Delitzsch, el más representativo de los liberales en los años sesenta, rechazaba abiertamente la polarización de la sociedad en clases antagónicas <sup>6</sup>.

Este partido liberal, DFP, desempeñó un activo papel en el conflicto constitucional en Prusia, que enfrentó al Parlamento con el Gobierno de Bismarck durante los años 1862-1866. La superación del conflicto se logró, por lo que a los liberales se refiere, con la escisión del partido <sup>7</sup>. Una parte del partido reconoció como válidos los actos de gobierno realizados con presupuestos no aprobados por el Parlamento durante los años anteriores. Otra parte del partido se mantuvo fiel a su posición de enfrentamiento sostenida durante los años del conflicto constitucional. La parte del partido que convalidó la acción de gobierno de Bismarck fundó un nuevo partido, el *Nationalliberale*, que colaboró estrechamente con Bismarck con la intención de que no volviera a plantearse de nuevo un conflicto constitucional. Los liberales progresistas, bajo la influencia de Schulze - Delitzsch, continuaron luchando por la extensión de la cooperativas y por la ampliación del derecho de libertad sindical. Aunque abogaban por una discreta protección estatal al trabajo, sus planteamientos no superaban nunca la idea de la *Selbshilfe* y de la mínima intervención del Estado en las relaciones económicas y laborales. Esta posición les llevaría a rechazar tanto el proteccionismo económico como la seguridad social estatal organizada por Bismarck.

Hasta la llamada «segunda fundación» del *Reich*, en 1878/79, los *Nationalliberale* dieron su apoyo parlamentario a Bismarck y cuando, durante los años ochenta, miraban hacia atrás eran plenamente conscientes de haber contribuido a configurar los primeros años de vida del nuevo

Estado alemán. Las reformas logradas durante esos primeros años habían sido muy importantes: reforma de la moneda, fundación del *Reichsbank* liberalización de las sociedades anónimas, ley de prensa, creación de un tribunal del *Reich* en Leipzig. También eran conscientes de lo que no habían conseguido. En este capítulo su fracaso fundamental había sido no lograr la parlamentarización del sistema de gobierno.

Después de varios años de colaboración de los liberales nacionalistas con Bismarck, ¿por qué éste puso punto final a ese entendimiento? En su discurso de 9 de julio de 1879 daba una respuesta franca a esta cuestión<sup>8</sup>: tenía miedo de que el poder se desplazara hacia el Parlamento y hacia la burguesía liberal, mayoritaria en él. Como ya para entonces había comenzado a desmontar la *Kulturkampf* contra los católicos, Bismarck esperaba contar con el apoyo del partido de los católicos, el *Zentrum*, pudiendo prescindir del apoyo parlamentario de los liberales. Además de éste, otro factor iba a marcar con carácter decisivo el comienzo del declive de los liberales. Se trataba de la crisis económica internacional de 1873 y el proteccionismo a que aquélla condujo, que significaba el abandono del principio del *laissez-faire* en el comercio, que gran parte de los liberales alemanes habían asimilado como principio propio. El crecimiento del movimiento proteccionista iba a dar un golpe de muerte a los liberales.

Se suele atribuir a los liberales alemanes una falta de voluntad de poder, de no estar dispuestos a luchar activamente por la parlamentarización de la política del *Reich* y de llegar, por consiguiente, a gobernar. Pero este juicio ignora, sin embargo, los continuos esfuerzos de los liberales, de los propios *Nationalliberalen* durante los años setenta, por desplazar el centro del poder político hacia el Parlamento. La colaboración con Bismarck que habían iniciado en 1866 debía coronarse con la participación de los liberales en el Gobierno, entendiendo este paso como un gran avance hacia la parlamentarización del sistema político. Pero ese paso no llegó a darse y entonces se pudo ver con claridad que todas las concesiones políticas no habían servido para casi nada. Otro motivo de desencanto y amargura para los liberales fue la constatación de cómo uno de los objetivos básicos de la tradición liberal alemana, la unidad nacional, estaba ex-

perimentando una transformación radical en su significación. La unidad nacional estaba perdiendo sus componentes liberales y estaba siendo utilizada por las fuerzas conservadoras para otros fines muy distintos a los asignados originariamente a aquélla. Lo nacional no iba a significar ya ser liberal, sino ser, ante todo, antiinternacional e incluso ser antisemita. Lo nacional se convirtió, a partir de 1878/79, en elemento de discriminación. Los sujetos sociales de este «nacionalismo de derechas»<sup>9</sup> fueron los grandes propietarios agrícolas prusianos y los industriales proteccionistas. El Estado nacional que los liberales del *Vormärz* habían reivindicado y anhelado como inseparablemente unido al progreso de la libertad, se convertía ahora en un instrumento para otros fines distintos, una vez lograda la unidad política alemana en 1871. El nacionalismo, despojado de su componente emancipatoria, se convirtió en aliado firme de las fuerzas políticas y sociales antiliberales.

4) Durante los años ochenta y noventa los liberales alemanes profundizaron su división entre liberales de derecha y liberales de izquierda. Causa de este ahondamiento en su división fue, entre otras menos importantes, la cuestión del imperialismo. Fueron los liberales de izquierda, que no se escindieron y no dieron su apoyo a Bismarck, quienes se opusieron a la política colonial de Bismarck por considerar que era una estrategia para dividir aún más al movimiento liberal. En realidad, al crearse amplios intereses materiales en las distintas capas burguesas a través de la política colonial, cada vez resultaba más difícil para los liberales poder oponerse a esa política colonial que afectaba los intereses de cada vez más gente. Los intereses económicos de las burguesías se habían ido diferenciando, a medida que había avanzado la sociedad industrial, y los efectos de la política colonial eran asimismo muy diferenciados. Por eso, dentro de los liberales, había un abanico de posiciones que iban desde el rechazo hasta la más entusiasta propaganda, pasando por el llamado imperialismo progresista, del que Max Weber sería un claro exponente<sup>10</sup>.

Pero no sólo la cuestión colonial era un factor de división dentro de los partidos liberales, sino más bien el desarrollo

general de la sociedad industrial. Era la evolución seguida por la industrialización progresiva de la sociedad el gran reto al que tenían que enfrentarse los liberales —y no sólo ellos— en las décadas finales del siglo XIX. Décadas que se caracterizaron por el proteccionismo económico, por el surgimiento de monopolios estatales, por los procesos de concentración industrial en los sectores del carbón y del acero, por la formación de monopolios que chocaban con las leyes del mercado de la escuela librecambista. Mientras que los *Nationalliberalen* se adaptaron mejor a las exigencias de la política económica contemporánea, el liberalismo de izquierda no encontraba respuestas teóricas adecuadas a la nueva situación. Su bagaje conceptual se había ido configurando en una sociedad preindustrial y había podido subsistir durante los primeros momentos del desarrollo industrial —desde la década de 1850— porque su objetivo prioritario había sido realmente el logro de la unidad nacional, al que se subordinaban todos los demás. Desde ese prisma nacional habían entendido la política. Su acción política la habían entendido, no desde determinados intereses sociales, sino desde la nación. Por eso los liberales alemanes de todas las direcciones no se habían entendido a sí mismos, ni se entendían tampoco ahora, como representantes de los intereses de una clase burguesa: sociedad *bürgerlich* había significado para ellos, y seguía significando, una sociedad abierta, abierta a que todos se pudieran integrar en ella, una sociedad que tendía a la armonía social. Esta aspiración, antigua en los liberales, chocaba con la realidad de las décadas finales de siglo, en la que no existía ciertamente una sociedad de ciudadanos sin clase, iguales, sino una sociedad industrial de clases, que se iba diferenciando cada vez más en una serie de organizaciones de intereses. Este hecho del desacuerdo entre el bagaje intelectual y expectativas de los liberales y la realidad concreta de la sociedad industrial iba a tener consecuencias políticas y de organización partidista importantes: el declive de los partidos liberales sería imparable. De tener en 1881 el 40 % de los escaños en el *Reichstag* pasaron a tener 21,9 % en 1912 <sup>11</sup>. En una época de clases y de grupos de intereses, de tensiones entre las clases y los grupos de intereses, la pretensión de no representar a ninguna clase en concreto significaba condenarse al fracaso.



Esta contradicción entre el viejo ideal de no representar intereses y la realidad social presente, dividida por intereses distintos e incluso contrapuestos, se traducía inmediatamente en la dificultad para organizarse políticamente. En los años noventa, después de un proceso de varias escisiones, existen en el campo liberal —además de los *Nationalliberalen*— dos partidos del liberalismo de izquierda: el *Freisinnige Volkspartei*, de Eugen Richter, y el *Freisinnige Vereinigung*, en donde destacarían, con sus intentos reformadores, Theodor Barth y Friedrich Naumann.

El partido liberal de Richter siguió anclado en los viejos planteamientos, es decir, se encontraba incapacitado para afrontar los problemas de la sociedad industrial. Su lucha simultánea contra la derecha y contra los socialistas resultaba realmente infructuosa. Su posición teórica ante la intervención del Estado le arrastraba a una lucha contra la legislación social de Bismarck, pues consideraba que éste estaba haciendo realmente un socialismo de Estado. Aunque no rechazaba el imperialismo, quería que fuera financiado privadamente, sin participación estatal. Y en la cuestión de la parlamentarización del sistema político, no llegó a tomar en serio la cuestión, pues más importante para ellos que poder llegar al Gobierno era evitar que los socialistas ganaran. El miedo al partido socialista frenaba, por tanto, sus reivindicaciones de una parlamentarización de la forma de gobierno.

En el partido *Freisinnige Veresinigung*, sin embargo, se produjeron algunos intentos de renovación del liberalismo, aunque tampoco lograran imponerse con carácter general. Estos impulsos de renovación procedían de Naumann y Barth <sup>12</sup>. El núcleo de la renovación que ambos impulsaron consistía en llevar a la política un planteamiento de clase. Naumann quería abandonar lo que consideraba una ficción de que el liberalismo políticamente organizado representaba lo general. Para él, la conciencia de clase burguesa debía estar en la base de la política liberal, como una conciencia propia y diferenciada frente a los conservadores, con el objetivo de obtener una credibilidad ante los socialistas, cuya alianza estaba dispuesto a afrontar dentro de una concepción de un liberalismo global burgués-proletario. Con ojos renovados ve asimismo la cuestión obrera. Naumann

apunta la democratización de la empresa y el «parlamentarismo en las fábricas» (1906) con la finalidad de hacer de los obreros ciudadanos industriales. Esta vía de actuación para los obreros implica un abandono de las tesis liberales tradicionales de que para superar las tensiones sociales había que acudir a la educación de los obreros y a la libre competencia en las relaciones entre empresarios y obreros. El reconocimiento de que el Estado debía intervenir en la distribución del bienestar para mejorar la situación de los obreros mediante seguros, etc., le separa asimismo de otros liberales. También en la cuestión de la política colonial mantiene una posición diferente a la de los liberales de Richter, Naumann estaba a favor de una política de poder hacia fuera, acompañada de una política de reformas en el interior. Esta era la tesis del programa fundacional de la *Nationalsozialer Verein*, creada por él en 1896, y que él lleva al partido *Freisinnige Vereinigung*.

## II

Los planteamientos de Naumann, amigo personal de Max Weber y a quien éste sacó de su visión moralista de los problemas sociales, nos introducen en el análisis de algunas ideas de Weber, con las que podríamos responder a la pregunta por su relación con el liberalismo histórico alemán.

### 1. La idea de nación en Weber

En su Lección inaugural en la Universidad de Freiburg (1895), sobre «Estado nacional y política económica», Max Weber convirtió a la nación en el único criterio para guiar la política económica. Frente a la consideración de la economía política como una ciencia que se guía por valores éticos y culturales previos o como una ciencia que pretende desarrollar desde sí misma sus propios criterios valorativos, Max Weber afirma que el único criterio para guiar y valorar la economía política es la nación: «los intereses de *poder* de la nación son, siempre que corran peligro, los últimos y decisivos intereses a cuyo servicio ha de ponerse la política

económica... en cuestiones de política económica, en cada caso concreto, hay que reservar el último y decisivo voto a los intereses económicos y políticos de nuestra nación y de su portador, el Estado nacional alemán»<sup>13</sup>. Para una importante parte de los investigadores el nacionalismo de Weber está en segundo plano<sup>14</sup>, pero hay pasajes en los escritos de Weber en donde aparece claramente la idea nacional presidiendo su escala de valores. En un texto de 1917 dice: «para el que esto escribe, la “democracia” nunca ha sido un fin en si mismo. Lo que le ha interesado y le sigue interesando exclusivamente es la posibilidad de una política nacional de una Alemania fuerte, unificada de cara al exterior»<sup>15</sup>.

Unida a su concepción de la nación se desenvuelve su defensa de una hegemonía de Alemania en el continente europeo. El imperialismo de Weber se presenta como un eficaz instrumento para alcanzar la liberalización del sistema político alemán en el interior. Abogar por una política imperialista significaba al mismo tiempo exigir un Estado industrializado, en el que el protagonismo político pasara a las clases burguesas. El imperialismo de Weber puede, por tanto, considerarse como una especie de ideología de emancipación dirigida contra el predominio de la aristocracia prusiana en la dirección política del *Reich* alemán, con el fin de poder obtener una liberación del sistema político. Una política exterior activa tendría consecuencias positivas para la integración de la nación, derrotando a los conservadores con sus propias armas.

Si se parte de esta primacía de lo nacional se puede observar cómo otras reivindicaciones políticas de Weber se subordinan a aquélla. Este es el caso de su concepción de la democracia constitucional y de la parlamentarización del *Reich*.

2) Weber estuvo efectivamente a favor de una parlamentarización del *Reich*, que al otorgar a los grupos políticos parlamentarios el derecho a coincidir en el Gobierno, fomentase una integración nacional más profunda, asegurando de esta manera una política exterior eficaz. La lucha de Weber por la parlamentarización del sistema político desempeñaba en él la función de un medio para un fin superior, el conseguir una política exterior más eficiente<sup>16</sup>.

Su concepción general de la democracia está caracterizada por esta relación de funcionalización respecto a otros fines, distintos a los que había distinguido el concepto occidental de democracia. En la tradición occidental, la democracia no era una forma de gobierno entre otras, sino que se la consideraba la mejor forma posible por ser la mejor en adecuarse a la dignidad del hombre. La tradición occidental había dejado recaer en la democracia el viejo anhelo de eliminar la dominación del hombre por el hombre. Weber, en cambio, no cree que la idea de la democracia signifique la eliminación de la dominación del hombre por el hombre, pues esta dominación nunca se puede eliminar ninguna forma de democracia puede suprimir el que los individuos estén dominados o determinados por otros individuos. Lo específico de la democracia, respecto a otras formas de dominación, está sencillamente en que se trata de un tipo de dominación en el que se elige a los líderes. Este es el contenido específico de la democracia para Weber: la selección de los líderes políticos. La función de la democracia es organizar la selección de los líderes. El Parlamento, por tanto, es una institución necesaria, especialmente en una época de la sociedad industrial de masas. Los grandes Estados sólo pueden ser gobernados con la ayuda de las instituciones parlamentarias, que se encargan de la selección de los líderes políticos y que, al mismo tiempo, sirven de freno a la burocracia estatal a través de un efectivo control parlamentario.

Si la democracia parlamentaria tiene su contenido fundamental en la selección de los líderes políticos, éstos, sin embargo, con vistos por Weber como sustancialmente independientes de la voluntad de los ciudadanos que los han elegido. La democracia parlamentaria para Weber es, en definitiva, una variante de la dominación carismática, una variante antiautoritaria. Bajo la forma de una legitimidad derivada de la voluntad del gobernado se da realmente una dominación carismática. Bajo la forma de una legitimidad derivada de la voluntad del dominado, el líder político domina realmente en virtud de su carisma, es decir, en virtud de la lealtad y de la confianza que su persona suscita en sus seguidores. Esto significa que el fundamento de la autoridad del líder político es su carisma y no el consenso del pueblo.

Es el líder político quien, en virtud de su carisma personal y en lucha competitiva con otros líderes, obtiene el seguimiento de los ciudadanos, pero el líder político gobierna exclusivamente sobre la base de su propia responsabilidad personal <sup>17</sup>.

Esta concepción de la democracia de líder plebiscitario se le presenta a Weber como la única posibilidad de salvar la libertad en la sociedad de masas. En la sociedad capitalista avanzada, donde la burocratización y la rutinización conducen inexorablemente a la paralización de las iniciativas individuales, la única manera de salvar la libertad era que el sistema político tuviera esa componente carismática. Esta democracia de líder plebiscitario es la única alternativa que Weber encuentra a la política como rutina, generada por una democracia sin líderes, es decir, una democracia en la que dominan los políticos profesionales sin vocación. Es precisamente esa forma de democracia sin líderes la que Weber consideraba como un peligro para la libertad, pues en ella no es posible la realización de actos políticos creativos. Para Weber sólo cabía elegir entre democracia de líder y democracia sin líder o democracia máquina. Ahora bien, la necesidad de un fundamento carismático en la democracia moderna no significaba el rechazo o abandono de los elementos esenciales de la forma racional de dominación. La dominación de los grandes líderes políticos democráticos había de servirse de medios burocráticos-legales, aunque se escondiera ahí un peligro de rutinización. El máximo de libertad en la sociedad de masas del capitalismo avanzado exigía combinar dialécticamente el liderazgo carismático y la disciplina burocrática.

3) También la posición de Weber ante el capitalismo muestra su distanciamiento respecto a los planteamientos de los partidos liberales tradicionales. El núcleo de su posición se puede resumir en que para Weber el desarrollo económico del capitalismo no comportaba una mayor libertad. Desarrollo económico y libertad no iban de la mano. Weber estaba convencido, más bien, de que el desarrollo económico como tal estaba siendo una amenaza para la libertad individual. Las estructuras del capitalismo monopolista impedían de manera creciente la libertad y aceleraban

la formación de aparatos burocráticos cada vez más potentes. El capitalismo desarrollado iba a generar una nueva servidumbre en el futuro. La «jaula de hierro» iba a limitar cada vez más el campo de la actuación individual, que, a lo más, sólo podría darse en la esfera privada. La racionalidad formal del sistema capitalista generaba, según Weber, irracionalidades materiales, enredando a los hombres en un sistema de dependencias insolubles<sup>18</sup>. El desarrollo del capitalismo entra, por tanto, en contradicción con los ideales liberales clásicos, en concreto con el de la libre autodeterminación del individuo.

Pero como superación de esta situación generada por el capitalismo avanzado no mira Weber hacia el socialismo, sino más bien hacia la competencia pura. Weber no veía en la alternativa presentada por Marx una solución auténtica al problema, pues la socialización de los medios de producción sólo conduciría a un intercambio de las élites dominantes, sin modificar en absoluto la situación de la clase obrera en cuanto tal. Incluso empeoraría la situación de la clase obrera, al continuar la lucha de clases en condiciones menos favorables, ya que la clase obrera tendría que enfrentarse en ese caso a un único oponente, la burocracia monolítica. Se empeoraría asimismo la situación general, al reforzarse la tendencia ya existente hacia la burocratización. Weber mira hacia la competencia pura, pues entiende que sólo un sistema económico dinámico y guiado por el mercado podría mantener el máximo de libertad en las sociedades modernas. Pero para que esta competencia pudiera darse, Weber adjudica al Estado la función de establecer las condiciones marco dentro de las cuales debería operar el sistema económico. El Estado tendría que intervenir en los procesos económicos y sociales, garantizando la existencia de una estructura pluralista, única que hace posible la libertad. Un factor de esa estructura pluralista, posibilitante de la libertad, es el mantenimiento del máximo de competencia en el mercado. El estado ha de intervenir, por tanto, para restablecer el equilibrio social entre los distintos grupos, roto por el propio desarrollo económico.

### III

El objetivo de Weber es adaptar una cierta herencia, que los liberales habían elaborado, a las circunstancias del capitalismo en una sociedad de masas. Pero en el intento de salvar el contenido básico de esta herencia —el principio de libertad y de autodeterminación del individuo— lleva su pensamiento a una situación límite que amenaza con hacerle perder su sustancia, pues sus reivindicaciones que podríamos calificar de liberales son puestas al servicio de otros fines que considera superiores, como mencionamos en el caso de la nación. Muchos de los conceptos que utiliza Weber no forman ya parte ciertamente de la tradición liberal. Para él la lucha, el conflicto, es un concepto básico. Se puede constatar asimismo que Weber no está prendido de la idea de la igualdad, en la que desembocaba finalmente el liberalismo. La voluntad del pueblo es considerada como una ficción. Tampoco tiene una visión optimista del futuro, que sí atravesaba la tradición liberal. Su preocupación por la dirección de los hombres, por la selección de los líderes, desplaza la preocupación liberal por la realización de la voluntad popular y la opinión pública. Pero lo que muestra este pensamiento de Weber es probablemente el único destino posible del liberalismo en una época de capitalismo avanzado. La solución de Weber —con todos los problemas que encierra en su teoría de la democracia— parece la única posible en su intento de salvar la libertad del individuo en una sociedad de masas.

### Notas

<sup>1</sup> W. Hennis, *Max Webers Fragestellung* Tübingen 1987, 196 y ss.; W. J. Mommsen, *Max Weber y la crisis de valores liberal*, en: *Papers: Revista de Sociología* 15 (1981), 9-32.

<sup>2</sup> Vid. L. Gall, *Liberalismus und «bürgerliche Gesellschaft»*. Zu Charakter und Entwicklung der liberalen Bewegung in Deutschland, en: L. Gall (ed), *Liberalismus*, Köln 1976, 162-186.

<sup>3</sup> Vid. *Liberalismo alemán del siglo XIX* (Rotteck, Welcker, Pfizer y Mohl), traducción y estudio preliminar de J. Abellán. Madrid 1987.

<sup>4</sup> Vid. J. G. Droysen, *Briefwechsel*, Stuttgart 1967, 200.

<sup>5</sup> Deutsche Fortschrittspartei. Sobre el partido, vid. H. A. Winkler, *Preussischer Liberalismus und deutscher Nationalstaat*, Tübingen 1964; G. Fesser, *Linksliberalismus und Arbeiterbewegung. Die Stellung der Deutschen Fortschrittspartei zur Arbeiterbewegung, 1861-1866*. Berlín 1976.

<sup>6</sup> Vid. Rita Aldenhoff, Schulze-Delitzsch. Ein Beitrag zur Geschichte des Liberalismus zwischen Revolutin und Reichsgründung. Baden-Baden, 1984.

<sup>7</sup> L. Bamberger, Der deutsche Liberalismus. Eine Selbstkritik, 1866.

<sup>8</sup> L. Gall, Bismarck, 1980, 585 y ss.

<sup>9</sup> H. A. Winkler, Vom linken zum rechten Nationalismus: Der deutsche Liberalismus in der Krise von 1878/79, en: Liberalismus und Antiliberalismus, Göttingen 1979, 36-51.

<sup>10</sup> W. J. Mommsen, Wandlungen der liberalen Idee in Zeitalter des Imperialismus, en: K. Holl/G. List (eds), Liberalismus und imperialistischer Staat. Göttingen 1975, 109-147.

<sup>11</sup> G. A. Ritter/M. Niehaus, Wahlgeschichtliches Arbeitsbuch, München 1980, 38-42.

<sup>12</sup> Sobre Naumann, Peter Theiner, Sozialer Liberalismus und deutsche Weltpolitik. Friedrich Naumann im Wilhelminischen Deutschland (1860-1919). Baden-Baden 1983. Sobre Barth: Konstanze Wegner, *Theodor Barth und die Freisinnige Vereinigung*. Studien zur Geschichte des Linkliberalismus im wilhelminischen Deutschland 1893-1910. Tübingen, 1968.

<sup>13</sup> Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik, en: Gesammelte Politische Schriften, Tübingen 1971, 3, ed., 14-15.

<sup>14</sup> W. Hennis (Max Webers Fragestellung, Tübingen 1987, 223) afirma que nunca fue la nación para Weber el «supremo valor». Weber estaba contra toda forma de cosmopolitismo.

<sup>15</sup> Das Preussische Wahlrecht, en: *Europäische Staats und Wirtschaftszeitung*, nº 16, 1817, citado en W. J. Mommsen, Max Weber y la crisis del sistema de valores liberal, en: *Papers: Revista de Sociología* 15 (1981), 12. Weber no defendió, en ningún caso, el nacionalismo «zoológico, vacío y hueco» que veía, por ejemplo, en las asociaciones estudiantiles a comienzos del siglo XX. En el liberalismo Semstwo de la revolución rusa de 1905 encontró una solución adecuada para el problema de las nacionalidades: autonomía cultural para las nacionalidades bajo el techo político de la gran potencia. Esa solución le parecería apropiada para la minoría polaca en Alemania.

<sup>16</sup> En *Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland*, publicado en 1918, destaca Weber la necesidad de parlamentarizar el sistema político —tanto contra el régimen burocrático como contra la democracia directa— para lograr una política interior y exterior eficaz, que permita a Alemania hacerse valer en la política internacional (Vid. *Parlamento y Gobierno en una Alemania reorganizada*, en: Max Weber: Escritos políticos, edición de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza, en prensa). La parlamentarización de Alemania la defendió asimismo en sus actividades a favor del partido demócrata (DDP), del que fue miembro desde su fundación en noviembre de 1918, durante la campaña electoral para las constituyentes de enero de 1919.

<sup>17</sup> Vid. *Economía y Sociedad*, México 1964, 2. ed., I, 193-197.

<sup>18</sup> Para la posición de Weber ante el socialismo, vid. *El socialismo*, en: Max Weber: Escritos políticos (ver nota 17) y *Economía y sociedad*, I, 83 y ss. La afirmación del capitalismo en Weber no comporta en él, en absoluto, una idealización de este sistema.